¿Dónde está Dios en las tragedias humanas?

H. Francisco Javier Sáez de Maturana

Muchas tragedias me han llevado a preguntarme sobre el silencio de Dios. El accidente ferroviario ocurrido en Adamuz (Córdoba), el 18 de enero de 2026, en el que murieron niños, jóvenes, adultos y familias enteras, me llevó a escribir una reflexión sobre este tema. La nueva tragedia de Urda (Toledo), el 28 de octubre de este mismo año, en la misma vía férrea, con decenas de fallecidos, me motiva a volver sobre esa pregunta, que se desdobla en dos: "¿Dónde está Dios? ¿Por qué guarda silencio?".

Ante estas tragedias conocidas, y otras muchas desconocidas porque no aparecen en los medios de comunicación, pero que son igualmente dolorosas, ofrezco esta reflexión, pensando, particularmente, en los educadores cristianos, como yo, que también se ven interpelados por las preguntas, arriba señaladas, en su labor.

PREGUNTAS QUE VUELVEN

Hay preguntas que no podemos esquivar. Surgen ante las guerras, los desastres naturales, la muerte inesperada de alguien querido o el sufrimiento inocente de tantos niños y personas vulnerables.

Con el corazón desgarrado nos preguntamos: "Si Dios nos ama, ¿por qué permite tanto sufrimiento? ¿Dónde está cuando más lo necesitamos?".

No hay respuestas fáciles. Tampoco debemos responder a la ligera, especialmente cuando alguien acaba de perder a un ser querido. Frases como "Dios lo habrá querido", "será por algo" o "Dios sabe por qué hace las cosas" pueden hacer mucho daño. ¿Podemos decir que Dios ha querido la muerte de un niño o el sufrimiento de una familia? ¿Es ese el rostro del Dios que Jesús nos ha revelado?

La fe cristiana nos pide no cerrar los ojos ante el dolor, respetar las lágrimas y no buscar explicaciones precipitadas. Nos invita a atravesar esas preguntas de la mano de Jesús.

TAMBIÉN PODEMOS PREGUNTARLE A DIOS: ¿POR QUÉ?

La Biblia no esconde las preguntas de quienes sufren. El salmista grita: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Sal 22,2). Job se lamenta: "Clamo a ti, y no me respondes" (Job 30,20). El mismo Jesús hizo suya esta oración en la cruz (Mc 15,34).



Esto nos enseña que dudar, llorar y preguntar no significa perder la fe. Creer no consiste en tener siempre respuestas ni en aparentar que todo está bien. También consiste en expresar nuestro dolor y seguir buscando a Dios en medio de él.

Personalmente, me cuesta creer en un Dios que interviene desde fuera y de vez en cuando: que cura a unos y deja morir a otros, que hace milagros en determinadas ocasiones mientras tantas personas siguen sufriendo. ¿Tengo respuestas para todo esto? No. Ni pretendo explicar el misterio de Dios. Pero necesito creer en un Dios que nos ama, nos acompaña y nunca nos abandona.

No puedo aceptar que tenga supuestas "razones ocultas" para permitir la muerte de una persona o el sufrimiento de familias enteras. Decir que Dios tendrá sus razones no siempre consuela; a veces hace más difícil creer en él.

Aunque no sepamos explicar por qué suceden tantas cosas dolorosas, podemos confiar en que

Dios no quiere nuestro sufrimiento y no abandona a nadie. Por eso, cuando alguien nos pregunta, quizá lo primero que necesita no sea una explicación, sino que lo escuchemos, respetemos sus lágrimas y permanezcamos a su lado.

¿POR QUÉ DIOS NO INTERVIENE PARA EVITAR LAS TRAGEDIAS?

Si Dios es bueno y nos ama, ¿por qué no impide una guerra, evita un accidente, detiene un terremoto o cura una enfermedad?

El teólogo Andrés Torres Queiruga nos ofrece algunas pistas. Dios no interviene de vez en cuando, desde fuera, para alterar a su antojo el funcionamiento del mundo. Ha creado una realidad con sus propias leyes y autonomía. Gracias a ellas existe la vida, aunque también puedan producirse situaciones dolorosas.

Pensemos en la gravedad: nos permite caminar y mantenernos sobre la tierra, pero una caída puede tener consecuencias mortales. Algo parecido sucede con las fuerzas de la naturaleza: hacen posible la vida, aunque también pueden provocar terremotos e inundaciones.

Otros sufrimientos tienen su origen en nuestras decisiones. Las guerras, la violencia, los abusos y las injusticias no son algo que Dios quiera, sino consecuencias de una libertad humana utilizada para dominar y destruir, en lugar de servir a la vida.



Dios nos ha hecho libres y confía en nuestra responsabilidad. Podemos amar, cuidar y construir, pero también utilizar nuestra libertad para hacer daño.

Por eso, la respuesta cristiana al sufrimiento no puede ser la resignación. Dios nos llama a enfrentarnos al mal, proteger la vida, aliviar el dolor y trabajar por un mundo más justo y fraterno.

DIOS NO ES UN ESPECTADOR: SUFRE CON QUIEN SUFRE

Que Dios no impida todas las tragedias no significa que sea indiferente a nuestro dolor. El Dios de Jesús no contempla desde lejos cómo sufrimos: se acerca, comparte nuestra fragilidad y nunca nos abandona.

Jesús llora ante la muerte de Lázaro, se conmueve ante el sufrimiento de la gente, se acerca a los enfermos y defiende a los débiles. Finalmente, sufre la injusticia y la violencia humana hasta morir en una cruz.

En Jesús, durante su vida pública, sanando cuerpos y almas, y crucificado, descubrimos que Dios no nos ofrece explicaciones desde fuera para justificar el sufrimiento, sino que entra en nuestra realidad y comparte nuestro dolor.

Aunque no siempre encontremos respuestas, podemos tener una certeza: ninguna lágrima le resulta indiferente. Dios está presente en el corazón de la vida, junto a quienes sufren, sosteniéndolos y abriendo caminos de esperanza. Y nos mueve también a acercarnos a ellos para aliviar su dolor.

A VECES, LAS MANOS DE DIOS SON NUESTRAS MANOS

Una escena del accidente ferroviario de Urda puede ayudarnos a comprenderlo.

Salvador Correa, guardia civil -como también lo fue su padre-, estaba preparando un puesto de control con un compañero cuando recibieron el aviso del accidente. Se mentalizaron para afrontar una situación tan dramática como la de Adamuz, ocurrida nueve meses antes.

Al llegar, Salvador accedió al primer vagón, sumamente afectado por el choque, donde aún no habían acudido los equipos de rescate. Horas después exclamó: "Había penumbra, mucho polvo y silencio". Y, entre los hierros retorcidos y la oscuridad escuchó un gemido y descubrió una mano. “Te escuchamos, grita, grita”, le dijo a Almudena. Salvador la agarró inmediatamente y pidió ayuda. Durante una hora, los rescatistas trabajaron para liberar totalmente a aquella mujer.

¿Dónde estaba Dios en aquellos momentos? En las manos de Salvador, en las de los bomberos y sanitarios que fueron llegando, en quienes arriesgaron su seguridad para salvar una vida y en quienes acompañaron después a las víctimas, allí estaba Dios, y se rompió el silencio “atronador”.

Esto no significa que Dios salvara a unos y abandonara a otros. Significa que se hace presente allí donde alguien se acerca al que sufre, una mano sostiene otra y la compasión vence a la indiferencia.

Nuestras manos están llamadas a ser las manos de Dios; nuestros ojos, los suyos para descubrir

el sufrimiento; nuestra voz, una palabra de consuelo.

Por eso, además de preguntarnos dónde está Dios ante las tragedias, deberíamos preguntarnos dónde estamos nosotros y qué hacemos ante el dolor de los demás. Un cristiano no puede desentenderse del sufrimiento de otro ser humano.

¿PARA QUÉ SIRVE REZAR SI DIOS NO EVITA LAS DESGRACIAS?

Hay personas que han rezado mucho por la curación de un familiar y, sin embargo, lo han perdido. Otras han pedido ayuda en situaciones desesperadas sin ver cambiar las cosas. ¿Significa que han rezado mal o que les faltaba fe? De ninguna manera.

La oración no es una fórmula mágica para conseguir que Dios haga lo que le pedimos. Es entrar en relación con él, presentarle nuestra vida, nuestros miedos y esperanzas. A veces será dar gracias; otras, pedir ayuda; y, en ocasiones, sencillamente llorar delante de Dios sin encontrar palabras.



Pero rezar también nos ayuda a descubrir qué podemos hacer. Quizá no consigamos que desaparezca una enfermedad, pero podemos acompañar al enfermo; no podemos devolver la vida a quien ha muerto, pero sí sostener a quienes están desolados.

Rezar y comprometerse no son cosas distintas. La oración auténtica nos lleva a amar más y a aliviar el sufrimiento de los demás.

LA RESURRECCIÓN: EL AMOR TIENE LA ÚLTIMA PALABRA

El cristianismo no termina en el Viernes Santo. Su palabra definitiva es la Pascua.

Jesús murió ejecutado y sus amigos experimentaron el fracaso y la desolación. Parecía que la injusticia había vencido, pero Dios lo resucitó.

La resurrección es la respuesta de Dios al sufrimiento, la injusticia y la muerte. No significa que estemos libres de sufrir ni que Dios vaya a impedir todas las desgracias. Significa que el mal, por terrible que sea, no tendrá la última palabra. La última palabra pertenece al amor y a la vida de Dios.

Creemos que quienes han muerto permanecen en sus manos y que su amor los acoge en la vida plena que Jesús nos ha prometido.

La resurrección también se hace presente cuando el amor vence al odio, la solidaridad fraterna acude a la cama del hermano enfermo, la justicia se abre paso y alguien recupera la esperanza gracias a la ayuda de otra persona. La Pascua no es solamente algo que esperamos para el futuro: es una manera de vivir y trabajar por un mundo más humano desde ahora.

¿CÓMO EXPLICAR TODO ESTO A NUESTROS ALUMNOS?

Nuestros alumnos también se hacen preguntas cuando ven imágenes de guerras, terremotos o niños que mueren de hambre. Algunos han vivido de cerca la enfermedad o la muerte de un familiar. Quizá alguno nos pregunte: "Si Dios es bueno, ¿por qué ha dejado morir a mi abuelo?" o "He rezado para que mi mamá se cure y no se ha curado. ¿Por qué Dios no me ha escuchado?".

Como educadores cristianos, no debemos tener miedo a estas preguntas. Los alumnos necesitan adultos que sepan escuchar y acompañar, no personas que les ofrezcan respuestas fáciles, que les digan lo que quieren oír para recibir aplausos.

Tal vez podríamos transmitirles lo siguiente:

- **Dios no quiere que suframos.** Las guerras, la violencia y las injusticias no son voluntad suya. Una enfermedad o una desgracia tampoco son un castigo de Dios.
- **Dios no nos abandona.** Jesús también lloró y sufrió. Comprende nuestro dolor y permanece cerca de nosotros.
- **Dios cuenta con nosotros.** Cuando acompañamos a quien está triste, defendemos al maltratado o ayudamos a quien lo necesita, hacemos presente su amor.
- **Podemos contarle a Dios lo que sentimos.** No tenemos que esconder nuestras lágrimas, miedos ni preguntas. Podemos gritar a Dios con la confianza de que nos escucha.
- **La muerte no es el final.** Jesús resucitado nos enseña que Dios quiere para nosotros una vida que no termina.

Y, sobre todo, debemos enseñarles con nuestro ejemplo. De poco serviría hablarles de un Dios cercano si permanecemos indiferentes ante el

sufrimiento de un compañero o no sabemos escuchar a un alumno que lo está pasando mal.

Nuestros alumnos aprenderán mucho más sobre el rostro de Dios viendo cómo tratamos a las personas que escuchando nuestras explicaciones y nuestras "gracias".

ROMPER EL SILENCIO CON GESTOS DE AMOR

No creo que encontremos una explicación que resuelva completamente el misterio del sufrimiento. Hay tragedias que seguirán escandalizándonos y preguntas que permanecerán abiertas. Pero la fe nos ofrece una certeza: Dios no es indiferente al dolor humano. El Dios de Jesús se acerca a los heridos de la vida y nos invita a hacer lo mismo. Lo sabemos por Jesús, Hijo y Hermano, curador de la vida.

En su encíclica *Dilexit nos*, sobre el amor humano y divino del Corazón de Jesucristo, el querido y recordado papa Francisco nos recuerda que

> su corazón abierto nos precede y nos espera sin condiciones, sin exigir un requisito previo para poder amarnos y proponernos su amistad: "nos amó primero" (1 Jn 4,10). Gracias a Jesús "nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído" en ese amor (1 Jn 4,16) (DN 1).

Por eso, ante las tragedias, no basta con preguntarnos: "¿Por qué Dios no hace nada?". También debemos preguntarnos: "¿Qué podemos hacer nosotros?".

En Urda, el silencio se rompió cuando alguien escuchó un gemido y agarró una mano. En el Perú y en tantos lugares del mundo, Dios sigue haciéndose presente cuando alguien arriesga su vida para salvar otra, acompaña a quien ha perdido a un ser querido, ayuda a los damnificados o defiende a los inocentes.

También nosotros, como educadores cristianos, estamos llamados a ser esa presencia cercana. No podemos resolver todos los problemas de nuestros alumnos ni evitarles todas las dificultades -eso es seguro-, pero podemos ofrecerles una mano tendida, una escucha atenta y una presencia que no abandona.

Tal vez el silencio de Dios no se rompa siempre con una voz que viene del cielo, sino con las voces, las manos y los corazones de quienes hacen presente su amor en la tierra: de quienes están empeñados en hacer visible el Reino de los cielos en el Reino de los suelos.

Con un himno de Vísperas rezamos así:

> Y tú te regocijas, oh Dios, y tú prolongas
> en sus pequeñas manos tus manos poderosas,
> y estáis de cuerpo entero los dos así creando,
> los dos así velando por las cosas.

Esta es una de las enseñanzas más hermosas que podemos transmitir a nuestros alumnos: cuando el sufrimiento, físico o moral, llama a nuestra puerta, no podemos mirar hacia otro lado. Estamos llamados a acercarnos, acompañar, cuidar y amar… con Dios.

Porque Dios no ha prometido que nunca atravesaremos noches oscuras. Nos ha prometido que su amor no nos abandonará y que la oscuridad nunca tendrá la última palabra.



Lima, 10 de noviembre 2026

> En este día, la catedral de Toledo acoge el funeral en recuerdo de las víctimas de Urda con un altar rodeado de 69 velas, sin consignas políticas ni diferencias ideológicas.